

# mundo gráfico



Miércoles, 25 de Noviembre de 1936

AÑO XXVI  
Número 1308  
Hermosilla, 73  
Apartado 571  
MADRID



**El aniversario  
de la Revolu-  
ción rusa en  
Moscú**

El desfile de la Artillería  
motorizada por la Plaza  
Roja de la capital de Rusia

# Dice don Antonio Núñez Morgado, embajador de Chile y decano del Cuerpo Diplomático...

## La gestión de los representantes extranjeros con motivo de nuestra guerra

Cuando pase esta hora de sobresalto y duelo; cuando vuelva a España la perdida serenidad y sobre nuestras cosas pueda haber de nuevo luz y justeza, podrá conocerse y estimarse en todo su alcance y todo su sentido la gestión infatigable e hidalga que el Cuerpo Diplomático residente en Madrid viene realizando en torno a nuestra contienda civil.

Desde el primer día, desde que empezó a perfilarse con todo su sombrío y gigantesco contorno el drama de España, la atención diplomática ha estado, vigilante y pronta, sobre aquellos hechos en que la intervención pudiera tener alguna eficacia. De esa gestión llegan algunas veces los ecos, a través de la Prensa, a la opinión popular, que conoce así el profundo acento humano que inspira la obra diplomática que viene realizándose; otras veces esa gestión queda en la sombra, callada, pero tenaz y sin desmayo, dispuesta siempre a superarse a sí misma, a mantener cada día más alto el penacho de humanidad que es como el alma de toda esa obra realizada.

Animador y capitán de esa labor es el embajador de Chile, don Antonio Núñez Morgado, decano del Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid.

Es un gran amigo de España, fino conocedor de nuestro ambiente y nuestra sensibilidad, viajero incansable de nuestros caminos: Castilla, Andalucía, Levante... Por razones de espiritualidad y de raza, sobre su corazón tiene ecos hondos esta tragedia que desgarró hoy la vida española. Esta guerra no es ni puede ser para él lo que otra contienda cualquiera. Es una lucha entre hombres que hablan el mismo lenguaje que habla él y que son de la misma raza que aquellos otros que un día lejano fueron a las tierras de que él procede. No. Para este hombre de Hispanoamérica, esta guerra nuestra no es ni puede ser una guerra más.

Así lo expresa él, en un salón de la Embajada, en la agonía de una fría jornada madrileña. Alfombras y cortinajes apagan el estampido de los cañonazos, que llegan amortiguados, débiles. Tiene la estancia—severa e íntima al mismo tiempo—un alma de tibieza y remanso, fuerte contraste con la calle triste y hostil. Fluyen lentas y finas las palabras, bajo la gran araña iluminada del salón. En la pared, la elegancia dieciochesca de una dama que pintó Rafael Mengs y la gracia española de unas infantinas de Sánchez Coello.

—En cuanto estalló el movimiento—habla don Antonio Sánchez Morgado—entendí que mi deber inexcusable era el de hacer cuanto de mí dependiera para atenuar la tragedia en lo posible. Y no sólo por lógico imperativo de mi cargo diplomático, sino porque la pena de España llegaba a mí con profundos acentos y me hería en lo más vivo de mi sensibilidad. Conozco y amo a España entrañablemente. Sé su gran hidalguía, su hidalguía ejemplar. Muchas veces he encontrado identidades maravillosas y sorprendentes entre los hombres y las cosas de aquí y los hombres y las cosas de Chile. Por todo ello, la crisis dramática de España, su tremendo dolor, tenían para mí la emoción de lo propio, la angustia de lo que se siente en el alma y la carne propias.

Por la suave palabra diplomática pasa un temblor dolorido, como el humano reflejo de toda esta hora ensangrentada de España. Por los ojos del embajador, hechos, tras los finos cristales, a contemplar los caminos de todo el mundo, parece desfilarse el doliente cortejo de los muertos de España en este profundo instante de su historia.

—Y empezamos desde el primer momento la tarea. Donde el Cuerpo Diplomático, en relación estrecha y constante, entendía que su gestión podía ser beneficiosa, allá iba. No impor-

taban los obstáculos, las negativas, los esfuerzos, a veces baldíos. El deber se erguía ante nosotros verticalmente, imperativamente. Nada se ha dejado de intentar, nada se ha dejado de hacer, sin hacernos retroceder en algunos casos la posible ineficacia de nuestra gestión. Y siempre—no hace falta decirlo—dentro de una estricta y rigurosa neutralidad, atendiendo exclusivamente al lado humano de la lucha, a su dolor, a sus víctimas. De toda esa gestión nuestra se ha sabido alguna vez por los periódicos: como cuando, por ejemplo, fui yo con la representación, como siempre, del Cuerpo Diplomático a interceder cerca de los defensores del Alcázar de Toledo para que pudieran salir las mujeres y los niños que allí estaban con ellos. Fueron instantes de verdadero peligro. Muy cerca, las ametralladoras, la lucha. Mas no importaba. Aquello era un deber nuestro, y se cumplió una vez más. Y usted sabe que hoy cumplir el deber puede significar la muerte. La guerra, con sus perfecciones modernas, con las experiencias de la lucha mundial, alcanza una terrible violencia, a la que todos, si permanecen en su puesto, están expuestos.

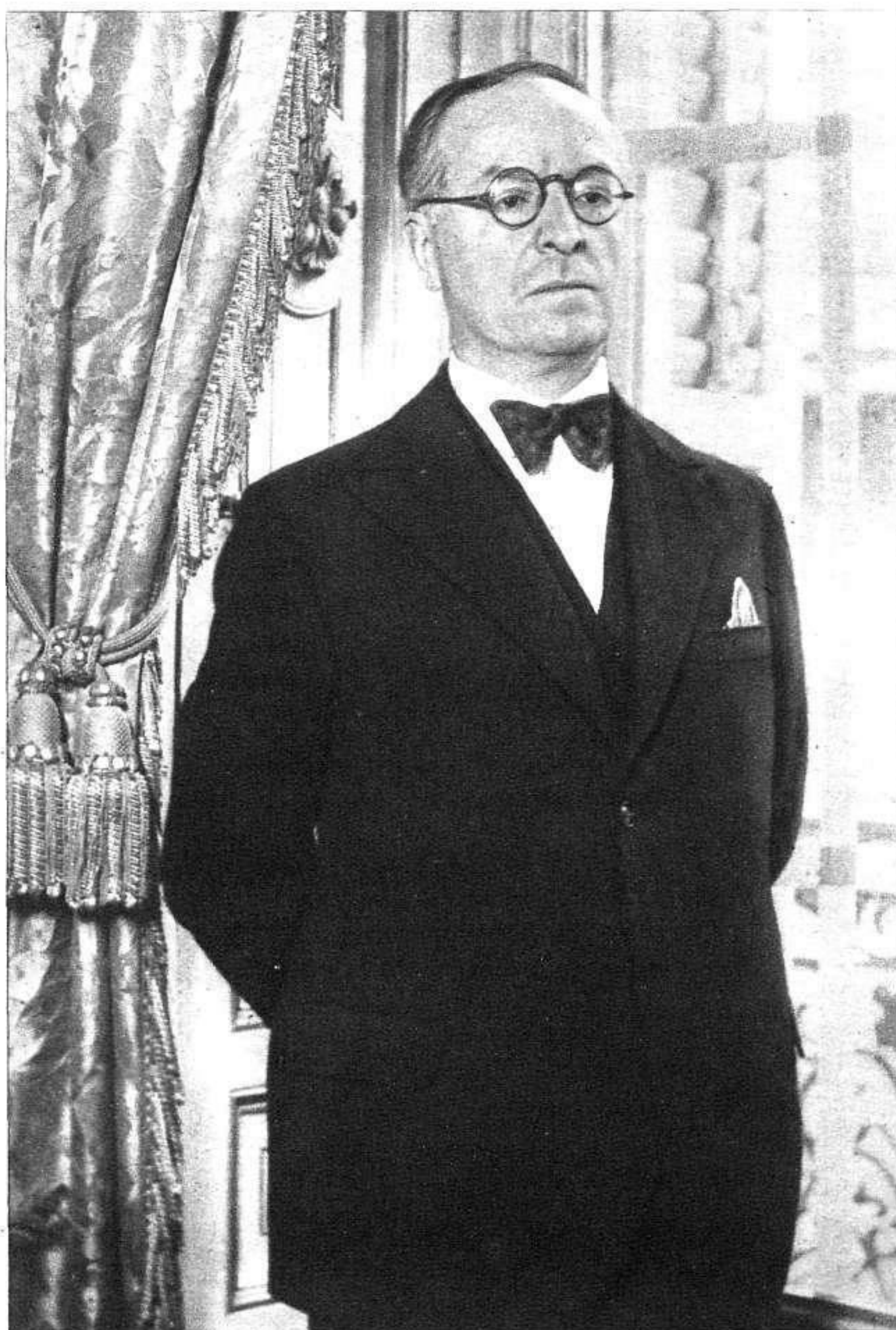
Son exactas las palabras del embajador. Don Antonio Núñez Morgado, como otros compañeros suyos, podría haberse marchado. Su propio Gobierno le indicó que atendiese a su seguridad personal.

—Pero mi puesto está aquí, en Madrid, pase lo que pase.

Un acento preocupado llena las frases del diplomático ilustre.

—Madrid... Es ahora nuestra gran obsesión. Librar a Madrid de estos aspectos terribles de la guerra, de su crueldad, de su horror. Trabajamos en ello ardientemente, y ojalá que nuestra gestión y nuestro fervor puedan tener éxito. En esta misma Embajada, previendo la magnitud de los problemas que iban a plantearse a Madrid, reuní yo a mis compañeros de Cuerpo Diplomático y les expuse un proyecto, que me valió un aplauso entusiasta y unánime: un proyecto de evacuación de Madrid. Yo soy ingeniero, y puse en esta ocasión todo mi esfuerzo al servicio de aquella iniciativa. El proyecto está estudiado en sus menores detalles y obra en manos del Gobierno. De realizarse, la evacuación de Madrid podría conseguirse en poquísimos días. He estudiado minuciosamente el problema, y cada día podrían ser evacuadas ciento cuarenta mil personas. Personal de las Embajadas se encargaría de la organización y la tutela de los evacuados, hasta su punto de primer destino, para que desde estos sitios se dirigieran adonde quisiesen. Podría así resolverse un problema—o una serie de problemas—difícilísimo, por primera vez planteado y resuelto en la historia de las guerras modernas. Empresa difícil, pero perfectamente realizable. Levante, Andalucía, Extremadura, Castilla—regiones productoras—podrían absorber el enorme contingente de población madrileña. ¿Será utilizado nuestro proyecto, en el que están, como le dije, previstos los menores detalles? No sé. Mientras tanto, nosotros seguimos trabajando por Madrid, por humanizar la guerra en Madrid. No nos detendremos ante ningún obstáculo, e intentaremos cuanto haya que intentar. Madrid lo merece y lo merece España. A la Sociedad de Naciones estarán llegando ya las peticiones de cuarenta países del mundo para que a Madrid—una gran ciudad, un millón de habitantes—no asome la guerra con toda su bárbara fuerza trágica de vendaval enloquecido.

En la palabra amable—auténtica palabra diplomática, serena, ponderada y cortés—del embajador de Chile palpita una emoción sentida y honda. Vuelve a sus frases, como un *ritornello*, el imperativo de lo que esta hora española exige. —Es nuestro deber.



El ilustre embajador de Chile en España y decano del Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid, don Antonio Núñez Morgado, que está realizando, en torno a nuestra guerra, una admirable gestión, llena de valor humano y de amor a España



El embajador de Chile en un momento de su conversación con nuestro compañero José Montero Alonso, en un salón de la Embajada, bajo las infantinas que pintó Sánchez Coello en los días de Felipe II... (Fots. Santos Yubero)

# EFEMÉRIDES DE GUERRA

## 11 de Noviembre de 1918

Los países que intervinieron en la guerra mundial han recordado emocionadamente, como todos los años, la fecha en que se pactó el Armisticio que puso fin a la contienda.

El 11 de Noviembre de 1918 marcó la hora final de la tragedia inolvidable. Cesó aquel día el tiroteo que a lo largo de cuatro años había cantado trágicamente, sin pausas, sobre los campos de Europa. Callaron los cañones y las ametralladoras, no volvieron los aviones a hacer su siembra de metralla ni los submarinos lanzaron más su carga de muerte bajo los mares. El horror de la



El desfile de los tanques ante el general Gouraud, gobernador militar de París, el día de la conmemoración del Armisticio



Los tanques pasan por la Avenida de los Campos Elíseos

guerra terminó; no hubo más hogares enlutados, más huérfanos y viudas, más pueblos invadidos, más ruinas sobre los campos yermos. El mundo pudo empezar a respirar, como en el despertar de una larga pesadilla tenebrosa.

Minada la resistencia alemana, al mismo tiempo, por la ofensiva aliada y por la resolución interna, el país, que siente ya en derrota sus resortes morales y materiales, propone, por conducto de Wilson, un armisticio, el 4 de Octubre. Todavía se lucha durante algo más de un mes.

Son los días de la ofensiva de Foch. El 9 de Noviembre, los alemanes se ven obligados ya a abandonar el Escalda.

Todavía el mariscal francés prepara una nueva operación, que deberá empezar el cercano día 14. Pero antes es firmado el armisticio.

El Gobierno alemán ha preguntado a Wilson si los aliados aceptarían una paz basada en los catorce puntos del Presidente norteamericano. Francia, Inglaterra e Italia dan una respuesta afirmativa, reservándose lo relativo a la libertad de los mares y a las reparaciones, que deberán exigirse por los daños en el territorio invadido.

El día 7, una delegación alemana se acerca a las líneas francesas. La preside el ministro Erzberger. Al día siguiente pide el armisticio al general Foch, que está autorizado para imponerlo. La firma del armisticio se retrasa un poco por un error del mando germano sobre el cese del fuego en el camino que había de atravesar el delegado alemán, que iba a consultar las condiciones del cese de hostilidades.

No había amanecido aún el día 11 cuando se firmó el armisticio. Eran las cinco de la mañana. Lo firmado entraría en vigor seis horas más tarde. Hasta las once, por tanto, se siguió luchando. Los últimos tiros fueron disparados por un destacamento del regimiento inglés King Edward's Horse. Estaban estos soldados atacando un cañón de campaña, y habían ya muerto a dos de los que servían la pieza alemana. El destacamento iba ya a apoderarse de la pieza. Pero el oficial inglés, que, reloj en



La iluminación del Arco de Triunfo con motivo de cumplirse diez y ocho años del día en que fué firmado el Armisticio

El desfile de las fuerzas por la plaza de la Estrella, en París

mano, dirigía la operación, mandó detener ésta. Eran las once de la mañana del 11 de Noviembre de 1918.

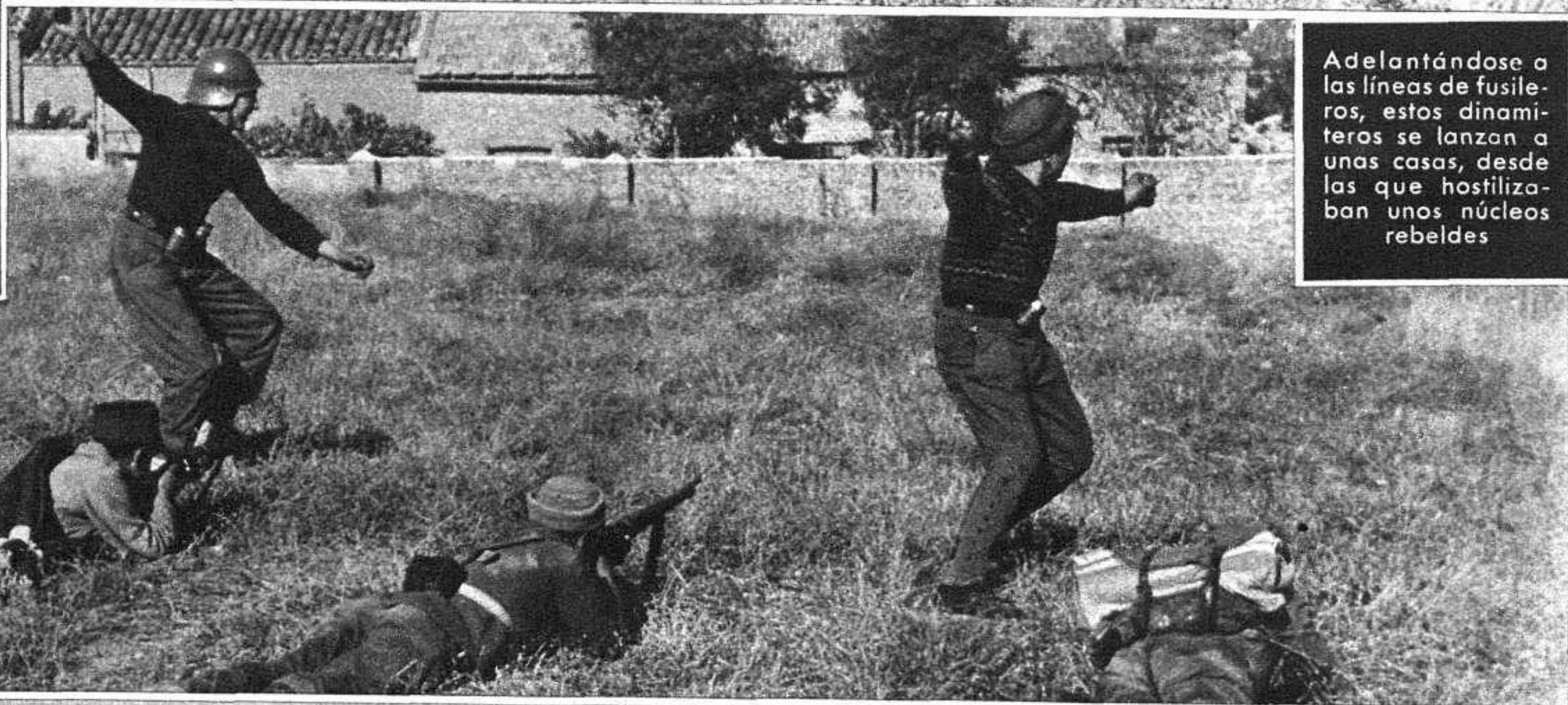
Este es el día que ahora, una vez más, ha recordado el mundo. Las más altas representaciones europeas han depositado coronas de flores sobre las tumbas simbólicas del soldado desconocido. Aquel 11 de Noviembre cesaron el cañón y la ametralladora, la guerra en la tierra y en el mar.

No surgieron nuevas orfandades, ni la metralla ensangrentó nuevos campos sin cosecha. Mas para sentir estas imágenes de duelo no hay que volver la vista a todo lo que recuerda aquella fecha del armisticio. Esas imágenes dramáticas de la guerra las tenemos ahora aquí, entre nosotros mismos, sobre la carne ensangrentada y rota de España.



Protegidos por esta tapia, los milicianos inician un avance para caer por sorpresa sobre el enemigo

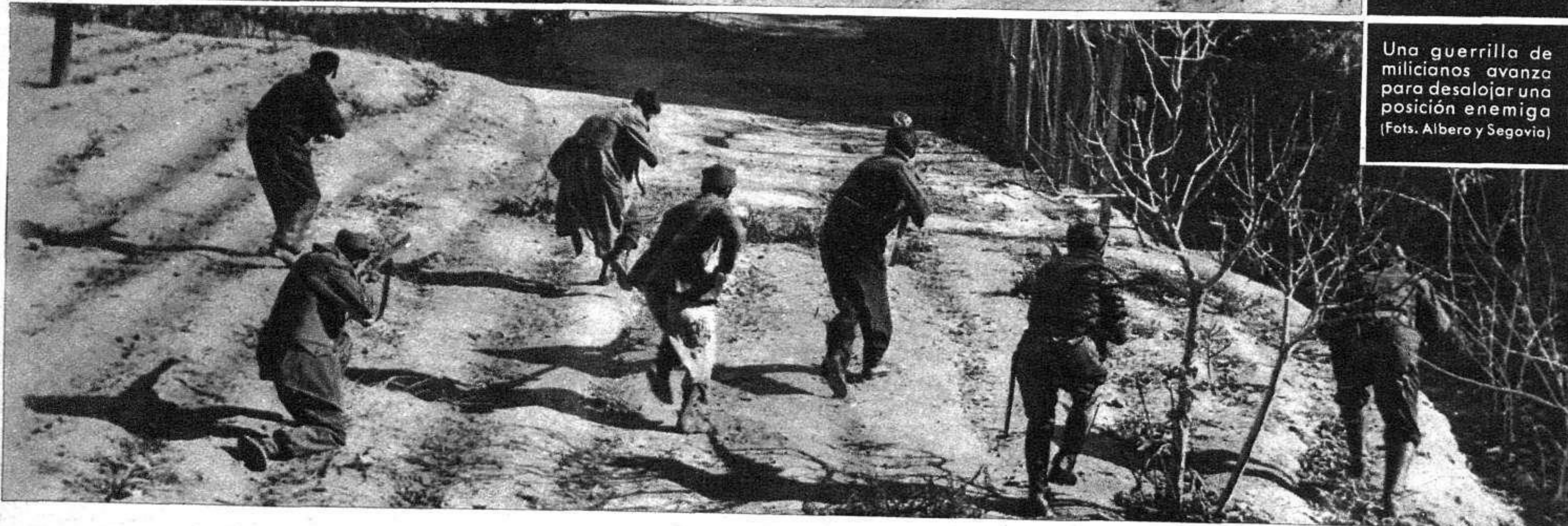
# **La defensa de Madrid**



Adelantándose a las líneas de fusileros, estos dinamiteros se lanzan a unas casas, desde las que hostilizarían unos núcleos rebeldes



Estos combatientes consiguieron apoderarse de una interesante posición contraria



Una guerrilla de milicianos avanza para desalojar una posición enemiga (Fots. Albero y Segovia)

# LA DEFENSA DE MADRID

Estos soldados tienen su puesto de vigilancia en este tapial, desde el que perfectamente se domina todo el campo de lucha

Los soldados encargados de los servicios de telefonía y radio reciben del alto mando las órdenes para un avance



# Hombres y escenas del frente



Estos milicianos han intervenido eficazmente en los últimos combates, ocupando unas posiciones de alto valor estratégico

← Hay que saltar esta tapia para el logro de un objetivo de interés militar. Los milicianos se lanzan a ello bravamente

El descanso tras un parapeto, después de un combate →  
(Fots. Albero y Segovia)





En muchos momentos del día hay «cola» ante esta oficina de recaudación para hacer entrega de donativos con destino a la Cruz Roja Española (Fots. Video)

# La oficina de recaudación de la Cruz Roja

**Del donativo de 50.000 pesetas al donativo de diez céntimos**

**El anciano que entregó cuatro bastones y el obrero que entregó su anillo de boda**

**Un altavoz en la calle de Alcalá**

El transeúnte que va por ese sitio tan madrileño que es la calle de Alcalá, en su cruce con las de Peligros y Sevilla—las Calatravas, el antiguo Fornos, la Equitativa...—, puede escuchar todos los días, en un altavoz allí instalado, un llamamiento a su espíritu de caridad y humanidad.

—Ciudadano: prívate de un pequeño capricho e ingresa su importe en la Cruz Roja Española. Lo que para ti no es un sacrificio es para el que lo necesita apoyo y consuelo.

Otras veces, el llamamiento es hecho directamente a las mujeres:

—Mujeres madrileñas: la Cruz Roja Española os pide un donativo. Mujer: ayuda a la Cruz Roja Española. Como madre, como hermana, como mujer, cumple con este deber humanitario.

El transeúnte que en esos instantes pasa por la calle de Alcalá, por la de Peligros o por la de Sevilla escucha el llamamiento. Tras las palabras oídas a través del altavoz le dicen que entregue su donativo allí mismo, a dos pasos, en el número 2 de la calle de Peligros. Muchos de esos transeúntes que escuchan el llamamiento continúan su camino. Pero otros muchos también suben al sitio que se les indica y entregan unas monedas, o regresan al hogar para volver después con unas prendas de abrigo a la oficina de recaudación.



Las muchachas que han estado postulando para la Cruz Roja por las calles de Madrid regresan a la oficina y hacen entrega de lo recaudado en el día

## Los llamamientos a la mujer y al hombre que pasan

No es una frase interesada de agente de publicidad la afirmación de la necesidad y la eficacia de la propaganda. La contienda actual—con una propaganda intensísima, hecha por todos los medios—lo ha demostrado cumplidamente. La Cruz Roja Española necesitaba también, para aumentar sus ingresos al aumentar sus atenciones, de esa propaganda. Y se ha hecho utilizando la Prensa, la Radio, el cartel, el altavoz, la petición callejera... El resultado ha sido espléndido. Madrid ha respondido y responde con una hidalga generosidad a esos llamamientos que a su corazón hace la Cruz Roja. A diario llegan donativos en prendas o en dinero. Algunos, por su fervorosa sencillez, son conmovedores. Mujeres y chiquillos que entregan unos céntimos, los que llevaban consigo al escuchar desde la calle el llamamiento del altavoz.

La Cruz Roja tiene sus instalaciones centrales en otro sitio alejado del centro de Madrid. Esto mismo era lo que imponía la necesidad de instalar en lugar más céntrico

una oficina de recaudación. Así nació esta que ahora hay montada en la calle de Peligros. Gente de muy diversa condición desfila por ella para entregar su donativo. Sobre todo en las horas últimas de la mañana. A través del altavoz no cesan de oírse los llamamientos.

—... Como madre, como hermana, como mujer, cumple con este deber humanitario.

## La eficaz observación de la calle.

Desde el despacho de la oficina en que está el micrófono se domina perfectamente la calle. Los encargados de la radiación de los llamamientos observan con atención el ritmo y el tono de la calle para dar a las palabras el acento conveniente. Se ve, por ejemplo, que dominan los grupos de milicianos. Inmediatamente, a través del micrófono, surgen las frases que piden a esos combatientes su donativo. O se ve en la calle a muchas mujeres. Entonces se dirige a éstas directamente el llamamiento. La respuesta es inmediata. La oficina de recaudación se llena de los que han oído en la calle el llamamiento.



Así, moneda a moneda de la gente que pasa por la calle, en esta oficina se recaudan a diario miles de pesetas para atender los humanitarios fines de la Cruz Roja

La eficacia más directa—mayor que la de la Prensa y la de la Radio—es esta de las llamadas callejeras a través de un micrófono. Los encargados de la oficina lo saben bien. Si hay una hora en que la recaudación está floja, se intensifican las llamadas. Una, otra, otra... A los pocos minutos está allí un montón de personas para entregar su donativo.

#### Donativos, donativos...

En esta oficina de recaudación establecida en la calle de Peligros se recaudan a diario, como término medio,

unas cuatro mil pesetas. Hay días en que se llegó a las cinco mil, a las seis mil... Y hubo un día en que, merced a un donativo de gran importancia, se recaudaron cincuenta y tres mil pesetas.

Los donativos son de muy distinta cuantía económica. Desde el de unos céntimos al de miles de pesetas. La Comisaría de Policía de la Estación de Atocha entregó 3.405 pesetas. Los chóferes del batallón de ametralladoras número 3, del frente de El Carpio, de Córdoba, 326, que enviaron por giro telegráfico. La Agrupación de Dependientes Municipales, afecta a la U. G. T., 50.000 pesetas. La Sociedad de Profesores de Orquesta, 500. La Asocia-

ción Provincial de Veterinarios de Madrid, 2.072. El personal de una batería del 15,5 que opera en el frente del Centro, 77,50...

El mozo de cuerda número 5, de la plaza de Canalejas, entregó una peseta con veinticinco céntimos. Y siempre que hace un encargo entrega algún nuevo y modesto donativo para la Cruz Roja.

Muchos milicianos y muchos niños entregan también sus donativos en esta oficina. Se recuerda, por ejemplo, el caso de un «chaval»—Pedro Herrero—que subió muy serio a entregar una moneda de diez céntimos.

#### Ropas, anillos de boda, bastones...

No todos son donativos en metálico. Hay también muchos en ropas, que se distribuyen inmediatamente entre la gente necesitada. Hay establecido un servicio de camioneta para recoger ropas en los domicilios de los que las ofrecen.

Se da frecuentemente el donativo colectivo: comités de casas, comités de empresa, sociedades...

Y hay otras entregas en las que palpita una emoción de ternura, como, por ejemplo, la del que dió—Pedro Muñoz—el anillo de su boda, la del obrero Antonio Romero Martínez, que entregó igualmente el anillo de sus esponsales, y la de aquel anciano que entregó cuatro bastones.

—Pueden servir—dijo—para los heridos, para los primeros pasos que den al levantarse de la cama.

#### Las muchachas que piden en la calle.

Junto a todos estos donativos entregados directamente en la oficina, hay lo que recaudan en las calles madrileñas treinta muchachas que postulan con el uniforme de enfermeras de la Cruz Roja: toca y traje blancos, capa de paño azul.

Vienen a obtener diariamente entre todas unas dos mil pesetas. Algunas de esas muchachas baten el *record*, obteniendo ellas solas hasta doscientas cincuenta pesetas en un solo día, perra a perra, peseta a peseta. Y eso que los días no son ahora para la recaudación callejera lo mismo que hace un mes, que hace dos meses, que hace tres. Los días—por imperativo de la guerra—son muy breves. La vida de café se ha reducido enormemente, y los cines y teatros—otros excelentes lugares de recaudación—faltan. Sin embargo, esas muchachas trabajan infatigablemente. Allá van, la hucha en la mano, sobre el traje blanco la capa azul, pidiendo con sonrisas para la Cruz Roja. Todo su afán, cuando hacen después la entrega, es haber obtenido más que en la jornada anterior. Y llegar a ese *record* de poder entregar más que sus demás compañeras.

GABRIEL ARACELI



Estas muchachas de la Cruz Roja hacen por las calles madrileñas una excelente recaudación



«Mujeres modrileñas...», dice el empleado de la Cruz Roja desde el micrófono de la oficina de recaudación



Las muchachas de la Cruz Roja entran en las oficinas para que los ingresos sean mayores

# El aniversario de la Revolución rusa



Una perspectiva general del desfile de la manifestación por la Plaza Roja



Una vista de la Plaza Roja, durante el desfile, desde lo alto de la antigua catedral de San Basilio

Los miembros de la Delegación española que han asistido a las fiestas de la Revolución

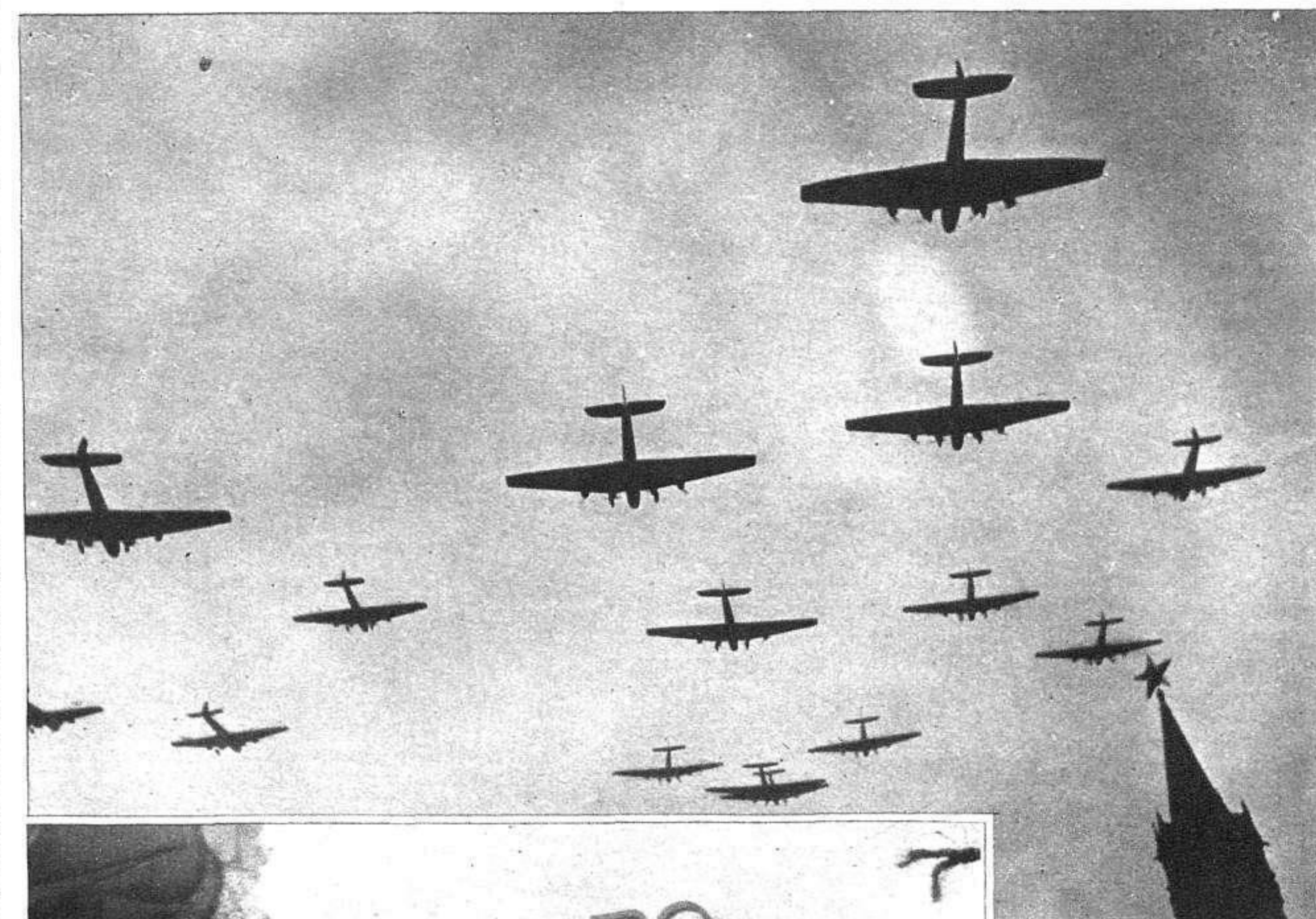


Un cuatrimotor de bombardeo vuela, durante el desfile, ante la torre «Spaskaia», del Kremlin, en la Plaza Roja  
(Fots. San Yubero)

# El desfile por la Plaza Roja, de Moscú



El desfile de las mujeres que estudian en una Academia militar



El vuelo de los cuatrimotores durante el desfile por la Plaza Roja



La multitud ante la estación «Kirov» del Metro de Moscú

## MATICES DE LA GUERRA

# Las cigüeñas de Estrasburgo y los pájaros de Madrid

ENTRE el ingente anecdótico de la tragedia que ensangrentó a Europa de los años 1914 al 1918, uno de los sucesos más curiosos, no obstante su carencia de dramatismo y por su aire de misterio incruento, es el relativo a las cigüeñas de la catedral de Estrasburgo. Suceso averiguado por los más serios testimonios, y que todavía, a pesar de las múltiples exégesis, continúa siendo inexplicable.

Corrían los días históricos que siguieron al drama de Sarajevo. Europa, convulsa, veía con espanto llegar la guerra. Movilizábanse los grandes ejércitos, las Cancillerías hacían esfuerzos titánicos por evitar la hecatombe; todos los hombres del mundo vibraban en el nervosismo de las horas decisivas, y la tremenda responsabilidad de lo que podía suceder enardecía la conciencia universal. Sin embargo, todavía no había sonado el primer tiro en ninguna frontera; y aunque ya había sido ahogada por el crimen la voz pacifista de Jaurés, en Francia, se alentaba en el mundo entero la esperanza de que la guerra se evitaría.

La violación de la Bélgica pacífica y neutral por los alemanes no la imaginaba nadie; era un terrible secreto que sólo poseía el Estado Mayor kaiseriano. Y he aquí que la clave de la iniciación de la guerra, lo que había de dar a Alemania los triunfos capitales de la primera etapa bélica y hacer llegar la invasión imperialista al corazón de Francia, lo que ignoraban los grandes políticos y los Estados Mayores del resto de Europa, fué presentado por el instinto de unos animales.

En las torres de la catedral de Estrasburgo anidaban unas familias de cigüeñas. Respondiendo a su condición trashumante, todos los años, con los primeros brotes primaverales en las tierras flamencas, aparecían las cigüeñas decorando el cielo de Estrasburgo y se aposentaban en las torres catedralicias. Llegaban de los remotos y cálidos arenales africanos, y permanecían en la ciudad hasta que las primeras nieblas y los primeros fríos otoñales las empujaban de nuevo al éxodo. Y así durante lustros, durante siglos... Jamás se interrumpió por nada la práctica de esta costumbre inherente a la naturaleza de los zancudos.

Y un día de aquel Agosto trágico de 1914, bajo la lumbre de un magnífico sol, los habitantes de Estrasburgo observaron, con estupor, que las cigüeñas habían desaparecido. Y ni aquella tarde, ni a la siguiente, ni en los días sucesivos, retornaron. Aquella desaparición de las cigüeñas en pleno Agosto tuvo interés bastante para intrigar a la población, no obstante las más graves preocupaciones del momento.

Pocos días después ocurría el hecho insospechado, que nadie en Europa supo prever, de la invasión de Bélgica por los alemanes. Y escasas fechas más tarde, los obuses alemanes destruían las torres de la catedral de Estrasburgo.

\*\*\*

¿Por qué no admitir que el instinto, por misteriosos designios, tiene a veces atisbos, presentimientos certeros superiores a los dictados de la razón y a la lógica del pensamiento? Hechos que el cálculo no prevé, que la lógica rechaza, se realizan por oscuros mandatos de la subconsciencia, con éxito, como si respondieran a fórmulas exactas, a convencimientos razonados y razonables.

Esos impulsos irrefrenables del instinto son con frecuencia una lección y un reproche al orgullo del hombre. El simplismo de las escalas zoológicas inferiores da al humano, que se cree omnisciente, muchas lecciones de humanidad. El instinto animal tiene con frecuencia atisbos certeros donde la ignorancia del hombre se detiene. El caballo camina de noche y seguro, suelta la rienda, por el sendero, al borde de precipicios donde el jinete se despeñaría. En días cálidos, luminosos, en el campo las bandadas de pájaros, engolosinados en los rastrojos, huyen de pronto, se alejan en masa precipitadamente. Es que se aproxima una de esas terribles tormentas estivales que el más sagaz campesino no es capaz de prever. Todo es todo fantasía de conseja pueblerina, ni literatura de misterio, ese aullido agorero, largo, lúgubre, con que los perros parecen ventear la proximidad de la muerte.

\*\*\*

¿Dónde están las palomas de Madrid? Las que decoraban con sus vuelos pausados los frondas del Retiro, la acera de Comunicaciones, la explanada de la plaza de la Armería? No han sido inmoladas, no. Las torcaces, sedentarias, no tienen inquietudes emigratorias. Son urbanas y domésticas, y se multiplican constantemente bajo el mismo cielo. Pero son de natural tímido, asustadizo... Han huído de la guerra. No importa que las balas

milicianas las hayan respetado. Han bastado los estampidos de la pólvora para ahuyentarlas.

Pero Madrid, en el otoño sin flores, no está sin pájaros. Han huído, como las cigüeñas de Estrasburgo, las palomas candidas y timoratas. Pero aquí siguen, aquí están, entre los árboles ya sin hojas y en los aleros de los altos edificios, los pajarillos ciudadanos, los bohemios del aire, que bajan a picotear a las calles. Ellos no se han ido. Como Gavroche, el pilluelo inmortal, estos petines y gorrones madrileños aman a su ciudad, lo mismo en sus alegrías que en sus riesgos. Ni el estampido de las bombas, ni el resplandor de los incendios los empuja a desertar. Ellos también, como *Nuestra Natacha*, «están en su puesto».

Y no sólo decoran y alegran el espacio, sino que su

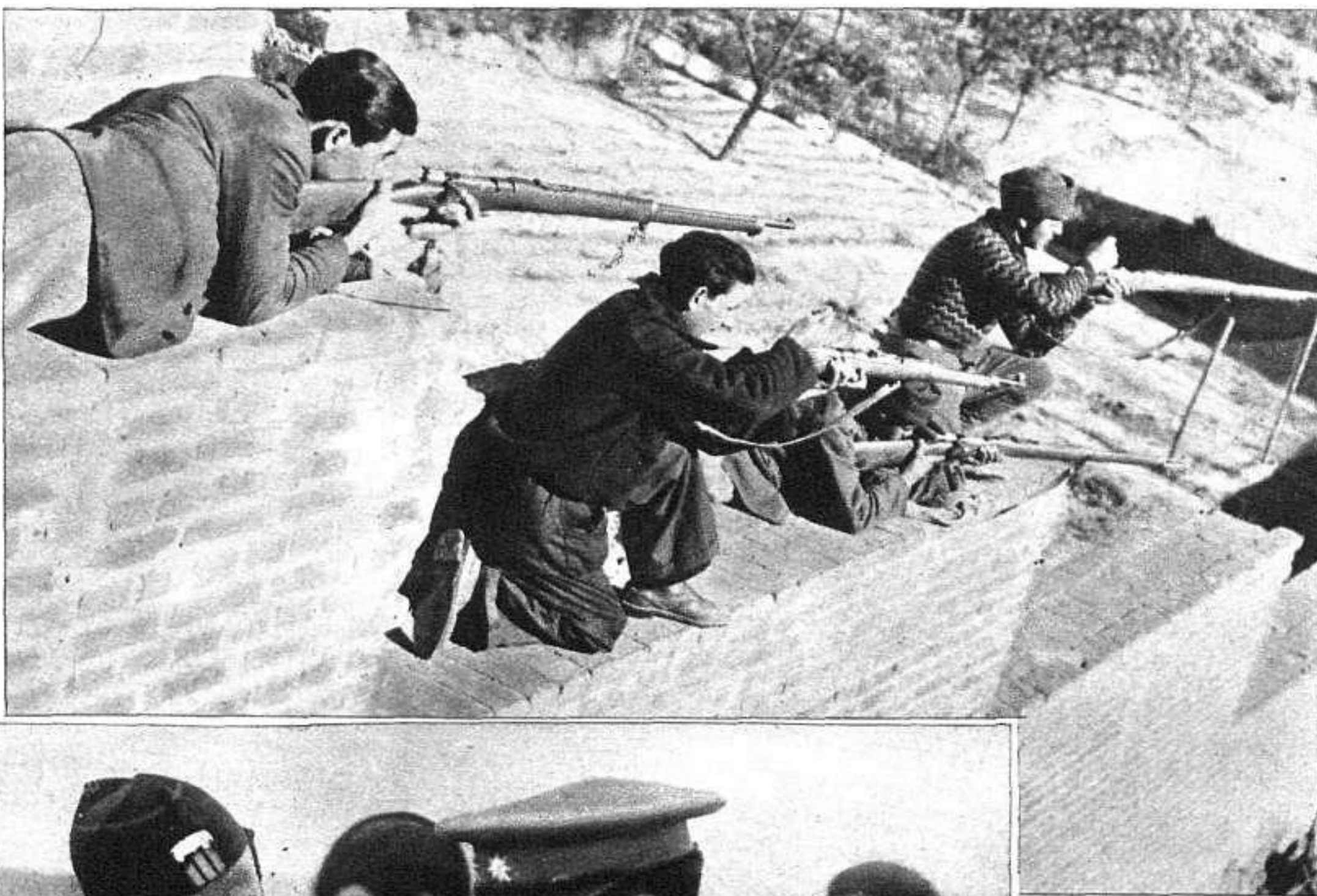
instinto es un vigía, un alerta, un seguro aviso del riesgo. Cuando la aviación enemiga se aproxima, antes que el zumbido de sus motores llegue a los oídos ciudadanos, se observa cómo los pájaros, a bandadas, huyen todos en la misma dirección. Por ésa, infaliblemente, avanza el peligro. Como una vanguardia de alerta, los pájaros preceden al avión de carga mortífera.

Y he aquí cómo gorrones, petines y pardillos son una especie de centinelas. También ellos prestan un servicio. No se van, no desertan. Son hijos de la ciudad, madrileños de cepa y entraña, auténticos hijos de la calle, plebe magnífica y fiel. El pueblo los respeta, y ellos, como tantos hijos del pueblo, ni se asustan ni se van. Siguen, sencillamente, «en su puesto».

J. F.

## ESTAMPAS DE LA GUERRA EN EL CENTRO

Estos milicianos, desde un lugar estratégico, disparan para cortar un intento de avance contrario



Un jefe da órdenes a un sargento de su columna



Los milicianos del servicio motorizado de enlace observan las maniobras de las fuerzas enemigas  
(Fots. Albero y Segovia y Santos Yubero)

# LA GUERRA,

## punto de partida para la improvisación



Con un plato del rancho, una brocha y un trozo de espejo se improvisa una barbería

Estoy bien. No preocuparos por mí...» Es la carta de un miliciano, desde el frente de batalla. A su madre, a su novia o a su compañera y los chavales que una mañana vieron salir de casa al padre con un fusil al hombro, camino de las trincheras. La está escribiendo a retazos, a saltos apresurados que desligan las palabras, aprovechando breves paréntesis, pequeñas pausas del tiroteo, en el mismo parapeto. «Hoy estamos luchando desde el amanecer. Ha sido un día duro; pero estamos pegando.» El miliciano aprovecha rápidamente los últimos centímetros de papel, porque dentro de poco vendrán a recoger su carta para incorporarla al coche que la llevará hasta las segundas líneas de parapetos, y de allí, a la ciudad. Para escribir esa carta, el miliciano ha tenido que improvisar los útiles necesarios con los objetos más insospechados. El servicio, también ha tenido que pedir eficacia muchas veces a la improvisación. Y, sin embargo, funciona con toda normalidad, como si en vez de una carta de guerra que atraviesa fronteras de balas enemigas se tratara de una carta corriente, de las que entran con toda tranquilidad en las fauces del buzón y van después en busca del destinatario, por caminos cómodos de hierro, hasta un punto lejano. Pero en el frente no hay buzón, ni funcionarios uniformados y sedentarios, ni mesa de batalla para la distribución, ni casilleros, ni despachos donde escribir. Sin embargo, se escribe. Sobre cualquier papel, con cualquier lápiz, convirtiendo en mesa y carpeta el plato de aluminio, un saco terrero, la superficie tersa de una piedra partida por un obús, la carrocería de un automóvil, la culata de un fusil o la espalda de un compañero. Todo es útil en esos momentos y puede rendir una función útil y eficaz cuando el ingenio sabe encontrar el lado insospechado y aprovechable de las cosas. La carta llega a las manos familiares, que la esperan ansiosas, porque para que no sufra un solo minuto de retraso se juegan la vida unos hombres beneméritos del Cuerpo de Correos, transportando la correspondencia sin hacer caso de las balas.

Y al día siguiente, o a las pocas horas, según la línea de combate, en el lugar familiar, caliente aún de la voz varonil que está en el frente, la madre, la compañera, los «chavales» podrán seguir, con ojos empañados por la emoción, las líneas apresuradas con eco de disparos:

«Hoy estamos luchando desde el amanecer...»

\*\*\*

La guerra es el mejor punto de partida para la improvisación. En la guerra actual, más todavía que en cualquier otra. La República ha tenido que empezar improvisando un ejército y la mayoría de las cosas que le rodean. Pero si la improvisación atropellada e irreflexiva suele resultar siempre estéril, la sentida resulta casi siempre, como en este caso, fecunda. Así en lo fundamental. Y en lo accesorio. Lo mismo que se escribe una carta y se transporta a la retaguardia por los procedimientos más inverosímiles, se guisa el rancho sin leña, cuando han herido al cocinero, o se lava la ropa, se cose un botón desprendido o se improvisa un orfeón para lanzar sobre el enemigo, a pocos metros de las trincheras, un paqueo de ironías cuajadas en coplas populares.



Una pausa en el combate es aprovechada por los combatientes para leer los periódicos o escribir a los familiares

El claro cristal de los arroyos serranos y de las fuentes de los pueblos se rompe todas las mañanas para el aseo madrugador de los milicianos, y las quebradas del terreno abren sus refugios naturales para protegerlos de las inclemencias atmosféricas.

Todo es aprovechable en el campo de batalla: el matojo de hierbas secas, la piedra del camino, el trozo de hierro abandonado, la página de un periódico ya leído...

A la hora apurada de la improvisación, el ingenio del miliciano sabrá encontrarles aplicaciones útiles que no puede sospechar el hombre sedentario de la ciudad, acostumbrado al gusto regalón de que todo se lo den hecho.

Un resto de tubería puede realizar una buena función como parapeto

(Fots. Albero y Segovia)

ANTONIO OTERO SECO



# El homenaje a Barcelona en Valencia



El capitán del barco ruso «Konso-mol» con las muchachas catalanas que vistieron el traje valenciano y los jugadores del partido celebrado en el campo de Mestalla en homenaje a Cataluña

Un aspecto de los Jardines de los Viveros durante el concierto que dió el Orfeón de Gracia, con motivo de las fiestas celebradas en la gran solidaridad entre Valencia y Cataluña (Fots. Vidal y Vidal Corella)



El consejero de la Generalidad Artemio Ayguadé pronunciando un discurso en la inauguración de la plaza dedicada a la Generalidad de Cataluña

Las representaciones catalanas desfilan por el campo deportivo de Mestalla antes de empezar el partido de fútbol en homenaje a Cataluña

# ESTAMPAS DE LA LUCHA



Un grupo de milicianos de «La Torratxa» en las avanzadillas del frente de Huesca



Camino del frente, una breve parada para atar el cordón de la bota  
(Fots. Benítez y Yubero, Albero y Segovia y Torrents)

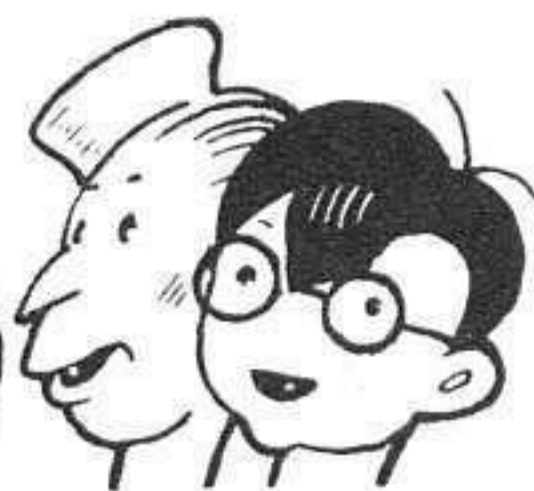


Un grupo de milicianos que luchan en las avanzadas de la Sierra de Alcubierre, en el frente de Aragón

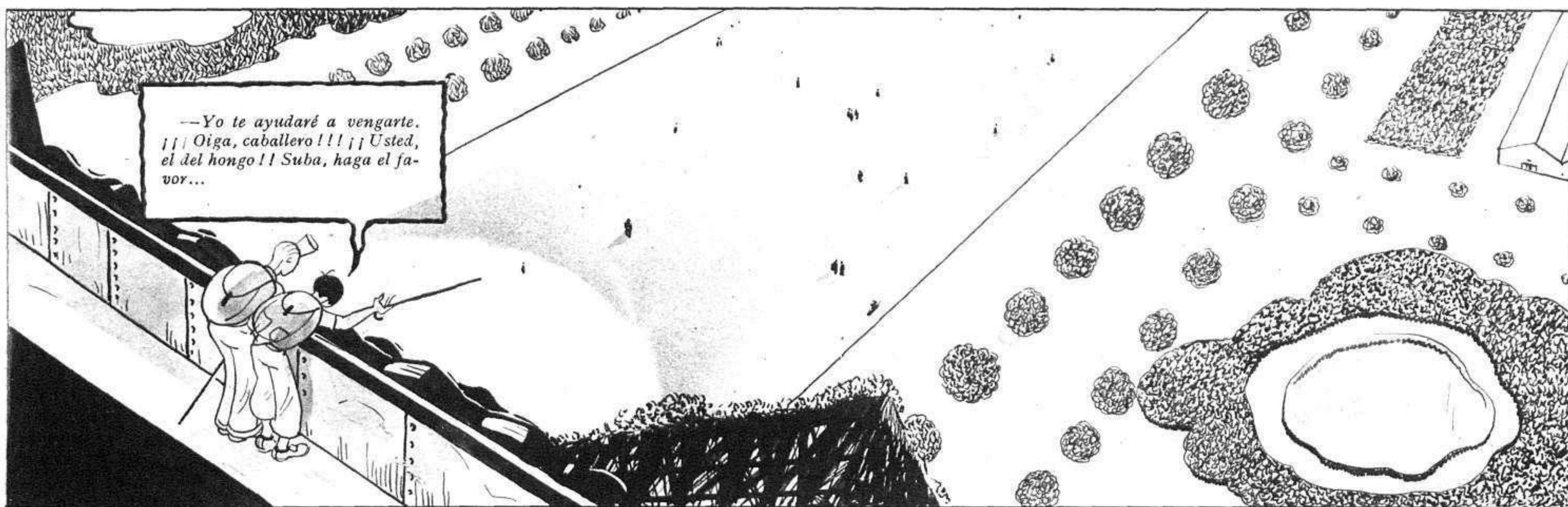


Los soldados cuidan celosamente sus armas, que en todo momento deben estar preparadas para su utilización

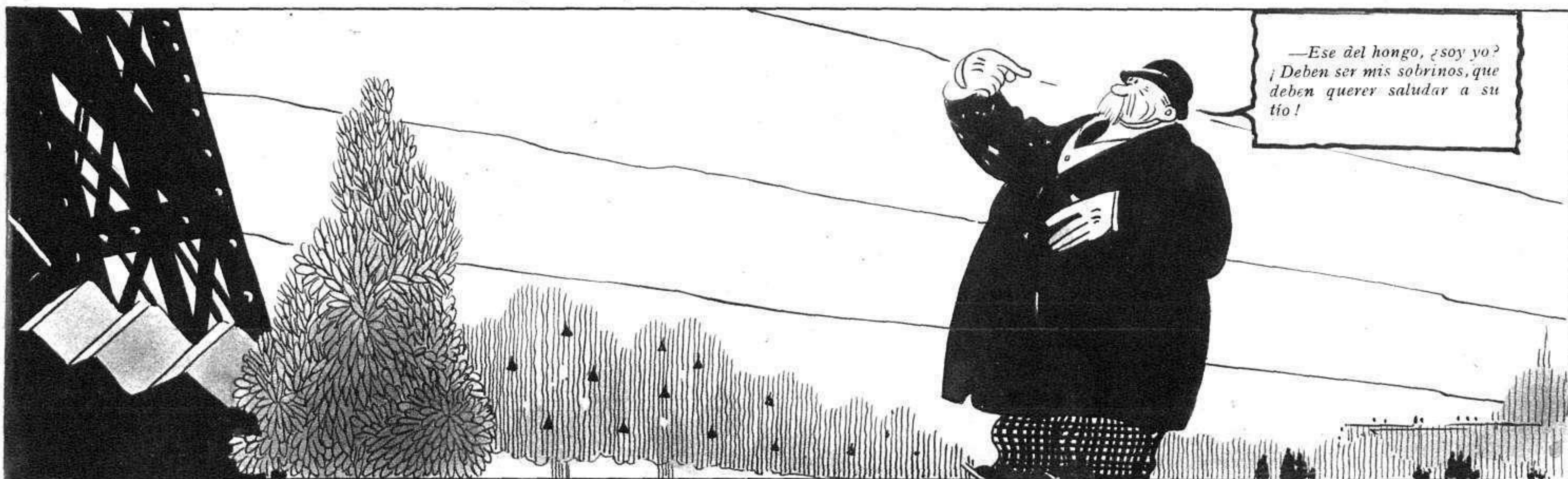
# LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



—Este puñetazo en el ojo no lo perdono a ningún francés. Vámonos a la Torre Eiffel.



—Yo te ayudaré a vengarte. ¡¡¡ Oiga, caballero!!! ¡¡ Usted, el del hongo!! Suba, haga el favor...



—Ese del hongo, ¿soy yo? ¡Deben ser mis sobrinos, que deben querer saludar a su tío!



—¿Qué tal? ¿Cómo le va?

—¡Perdonen; pero yo no los conozco.

—¡Anda, pues nosotros le conocemos a usted de cuando era pequeño como una pulga!

# ESTAMPAS DE LA GUERRA EN MADRID

## En las trincheras y detrás de las trincheras

### La palabra y la acción

CIRCULAN por Madrid, desde hace varios días, unos coches ligeros que recorren la ciudad, haciendo frecuentes paradas en cuanto su conductor descubre un grupo numeroso de ciudadanos. Junto a las «colas» bulliciosas, en las puertas de las fábricas y los talleres, en las obras de edificación a la hora de abandonar el trabajo, está el punto de parada de estos vehículos, puestos por las agrupaciones republicanas y proletarias al servicio de la propaganda y la agitación callejeras.

De ellos desciende un grupo de muchachos y muchachas que se dirigen a los grupos con palabras encendidas, pero sencillas, sin alardes tribunicios, con el aire natural de un transeúnte cualquiera que de pronto se viera aupado sobre las cabezas de los demás para seguir desde allí su conversación con el amigo.

«¡Nuestros hermanos están derramando su sangre por defenderos!» «¡Están ya a las puertas de Madrid!» «¡Alistas en las Milicias populares para la defensa de nuestra capital!»

El mismo tono, las mismas palabras de una conversación natural en la intimidad casera. Y, sin embargo, ¡qué aire de clarín, de palabra fuerte y persuasiva, cobran en la boca de los propagandistas, junto a las «colas» bulliciosas, en las puertas de las fábricas, en las obras de edificación, a la hora del descanso!

\*\*\*

Un día, hace muy pocos, uno de estos equipos de agitación llegó hasta las avanzadillas desde donde se está defendiendo Madrid de las furiosas acometidas del enemigo. Desde el estribo de un automóvil, uno de estos jóvenes propagandistas dirigía la palabra a sus camaradas luchadores, con el mismo aire sencillo, asquible a todos, que se emplea en los rápidos recorridos por Madrid. El mitin «relámpago» iba ya a terminar, cuando sonaron unos tiros cercanos. Frente al auditorio de combatientes se perfilaron las siluetas oscuras de unos moros, que avanzaban hacia las trincheras. Pero el propagandista, el agitador, que no es sólo hombre de palabra, sino de acción, desenfundó su pistola y se lanzó al ataque.

—¡Ha llegado la hora—gritó—de poner en práctica lo que os estaba diciendo!

Tras él se fué todo el grupo. Los compañeros y las compañeras de agitación, los milicianos, el chófer... Y a los pocos minutos, los atacantes habían retrocedido más allá de las líneas de donde partieron.

A la vuelta, el agitador terminó su discurso interrumpido poco antes, y se fué a otra avanzadilla, a ofrecer a sus camaradas otro mitin «relámpago».

### Nueva versión de un hecho heroico

El gesto inolvidable de Antonio Col, la gesta heroica del bravo marino, han creado una escuela de bravura entre los milicianos. Ya se ha repetido su acción. Esta vez

ha sido uno de los jefes, surgido también de la entraña popular: el comandante Carrasco, del Batallón Libertad. El comandante estaba en las trincheras del sector de la carretera de Extremadura. Parecía que el día iba a ser tranquilo, cuando, de pronto, oyó galopar a la caballería mora. El momento era apurado, porque los milicianos no tenían tiempo de cambiar el emplazamiento de las ametralladoras, y, a pecho limpio, sosteniendo las máquinas sobre el hombro, empezaron a disparar sobre los moros. De pronto aparecieron dos tanques, dos monstruos de hierro, que se aproximaban rápidamente, en medio de un círculo de muerte. Al lado del comandante había una caja de bombas de mano. La abrió con un machete y prendió la mecha de la primera. La arrojó sobre los tanques. Luego, otra, y otra, y otra, hasta agotar el contenido de la caja. Cuando alzó los ojos, los dos tanques estaban inutilizados. Sus ocupantes, ilesos, fueron conducidos a presencia del alto mando, donde facilitaron valiosos informes de la situación del enemigo.

He aquí la hazaña, el gesto heroico, nueva versión de la proeza de Col. En el romance popular que en honor de este héroe está brotando ya en todas las esquinas españolas habrá un puesto de honor para este bravo comandante del Batallón Libertad.

A. O. S.

## El bombardeo del palacio de Liria

BOMBAS incendiarias de aviación han caído sobre el antiguo palacio de Liria. La centenaria residencia señorial de los Alba había dejado de ser el patrimonio de una familia para convertirse en un museo, en un instrumento de cultura del pueblo. La revolución había respetado la mansión próspera, como un depósito sagrado. Las riquezas materiales, los inmensos tesoros espirituales que significaban las obras de arte, estaban intactos. El palacio de Liria, a este respecto, se podía enorgullecer de ser uno de los más ricos y mejores museos de Europa. Varios siglos vinculado a una de las familias señeras en las tradicionales autocracias del mundo habían acumulado en el viejo caserón joyas valiosísimas del arte universal. La República, primero, y el alzamiento popular, después, habían mantenido intangible ese tesoro. Los lienzos de los maestros inmortales, las esculturas de firma gloriosa, las joyas y recuerdos impregnados de magnífica herrumbre histórica, eran custodiados por soldados del pueblo, con un sentido admirable de responsabilidad, de cuidado del futuro.

Bombas incendiarias de aviación cayeron sobre el palacio. Y los que lo custodiaban, los que eran sus vigilantes, se transformaron en aquellos momentos dramáticos en salvadores de la riqueza tradicional. Milicias, ciudadanos neutrales y pueblo se afanaron durante unas horas, heroicamente, desafiando los riesgos del siniestro, en poner en seguridad los tesoros artísticos, las joyas pictóricas famosas, hasta los ejemplares zoológicos, recuerdo de las grandes cacerías de los antiguos duques de Alba...

Así se ha visto, después de dominado el incendio, el oso blanco, trofeo de una cacería polar del actual titular, salvado de las llamas y «camuflado» diestramente entre los árboles del jardín aristocrático. Las llamas arrojadas

en su mortífero instrumento desde el aire sólo lograron hacer presa en los pisos altos del palacio, precisamente en las buhardas donde tenían sus viviendas las gentes humildes de la casona, los viejos servidores encanecidos al servicio de los antiguos amos, y a los que la República y la revolución había sabido respetar.

Como un reproche, como una lección ejemplar, destaca el esfuerzo que han hecho Milicias y pueblo innominado por salvar del fuego los tesoros artísticos y culturales del palacio de Liria.

Predominio del espíritu sobre la materia. Afán imponderable, entrañable, que redime de todas las brutalidades de la guerra. Salvar las obras de arte, los instrumentos útiles a la ciencia, cuando cada día peligran millares de vidas humanas, da una tónica y una moral a la contienda.

Tónica y moral por encima de todas las violencias del odio.

Es eso, ciertamente, lo que hay que salvar. El «penacho» que sobrevivía a Cyrano, el ideal, la continuidad de la raza, que es lo que computa la Historia. No todo es materialismo, ni rencor y destrucción en la guerra. La lucha entre los hombres no serviría para nada si no alumbrase en sus almas ideas enteras; si cada fracaso material no fuera la semilla de frutos ideales; si la pelea no engendrara el heroísmo que la hace inmortal, el arte que la canta y el ejemplo del sacrificio que la dignifica.

Contra los riesgos físicos, contra la partida trágica de las vidas inmoladas y los bienes materiales deshechos, la guerra sólo sería una negación estúpida y bestial, si no tuviera como contrapartida los gestos de los héroes, el exacerbamiento de las virtudes cívicas, el afán espiritual de salvar un arte y una cultura, es decir, una Historia que, siendo el ejemplo de ayer, sea también luminar y guía y estímulo para el futuro.

ALVARO REAL



Primeras lluvias y primeros fríos. Bajo los capotes de invierno, los milicianos se guarecen en los refugios contruidos para defenderse de la inclemencia del tiempo (Fot. Torrents)

### SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

**ABUNDANCIA** de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

**LOS** desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

**PARA** anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

**TAQUIGRAFIA**, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

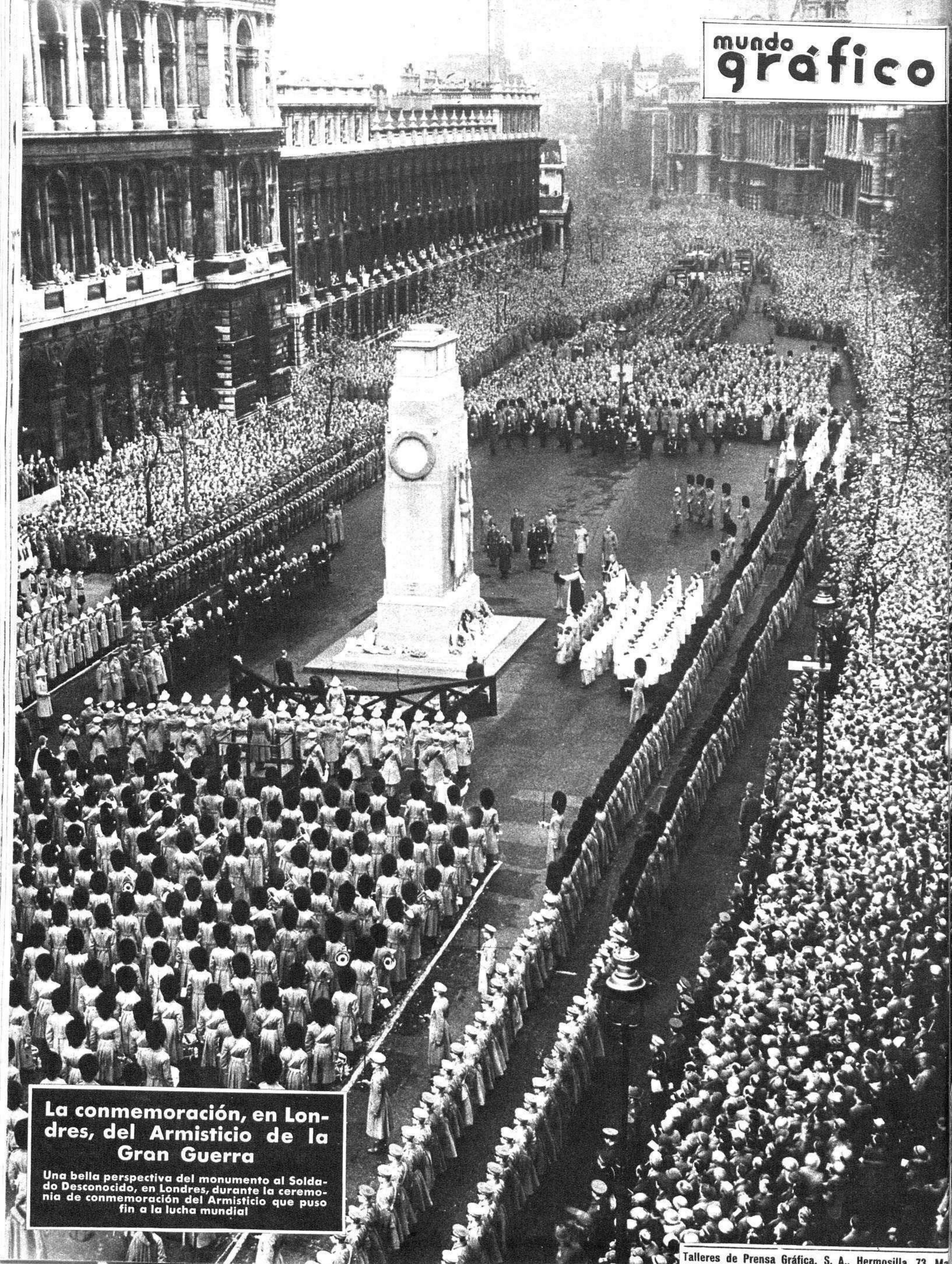
Conservas **TREVIJANO**

▽ ▽ ▽ ▽

**Señora:** **RECUERDE MENSUALMENTE**  
**PERLAS FEMI**  
**SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD**  
**DE VENTA EN FARMACIAS**

Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

Teléfonos de **PRENSA GRAFICA, S. A.:** 57885 y 57884



**La conmemoración, en Londres, del Armisticio de la Gran Guerra**

Una bella perspectiva del monumento al Soldado Desconocido, en Londres, durante la ceremonia de conmemoración del Armisticio que puso fin a la lucha mundial